

JORGE LITVAK. PROFESOR EMERITO DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

Prof. Dr. Eduardo Rosselot Jaramillo
Vice-Decano Facultad de Medicina.

Con fecha 19 de julio de 1994 la Rectoría de la Universidad de Chile ha decretado otorgar al doctor Jorge Litvak Lijavepzi la calidad de Profesor Emérito, considerando, según reza textualmente la correspondiente resolución, los relevantes méritos académicos y científicos (del nominado), su destacada contribución en el campo de la endocrinología, y su distinguida labor docente.

Sobria y parca resolución, como corresponde a la más venerable designación que confiere la Casa de Bello, a quienes se han singularizado por sus relevantes atributos en el servicio a su alma mater o han contribuido a destacar, en su que hacer, los rasgos más genuinos, indelebles y trascendentes de la institución que, por ello, los acoge. Al mismo tiempo, ¡qué sobria, escueta y restrictiva, en relación a los verdaderos y, aún, estrictos antecedentes contemplados para decidir la justeza de esta denominación! porque la trayec-

toria profesional, académica e internacional de Jorge Litvak, sus atributos personales y los efectos de su quehacer intelectual y concreto en las instituciones en las que ha estado comprometido, además de la Universidad de Chile, rebasan ampliamente lo que resume la pulcritud del texto señalado.

Que la Universidad distinga públicamente a connotados académico con esta distinción, no persigue sólo el reconocer y agradecer con ello los beneficios que su actuar ha reportado a la Institución, el país, a su cultura o a su ciencia. Pretende también, propalar las características y las virtudes que han configurado la personalidad de quién se destaca, para invitar a la exaltación de sus valores, a la imitación de sus conductas y a la correcta apreciación de sus logros.

Jorge Litvak nació y se formó en el seno de una prestigiada familia con pública figuración. Quienes crecimos y convivimos en los barrios de la comuna de Providencia, área en cívica expansión, entre los años 30 y 50, no podemos sino que recordar la venerable figura, probablemente nada de provecha en esta época, de don Mauricio Litvak, alcalde consuetudinario e imperturbablemente reelegido, que constituía un sinónimo de servicialidad ciudadana, realizaciones sociales y efectividad operativa. Sin duda, en este modelo encontró Jorge, tempranamente, inspiración y ejemplo para acrisolar, en su propia personalidad, atributos de tan grande versatilidad para tan alto beneficio ajeno.

En 1946 ingresa a la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, poco antes que, soslayando las secuelas dramáticas del incendio que arrasó con la estructura tradicional de la vieja escuela, ésta tuviera que avecindarse en recintos, a la vez próximos y ajenos, y descubrir institucionalmente y al

costo de la adaptación de cada uno de sus integrantes, la manera de afrontar las pérdidas materiales y las frustraciones producidas por la inevitable desmoralización espiritual que sigue a las catástrofes. Quizás si, en ese momento, este impacto sobre la manera de desarrollar su habitual que hacer de estudiante, haya constituido un ejercicio preliminar para otras situaciones en que imprevistos señeros debieron hacer cambiar planes, replantear perspectivas, fijar nuevos rumbos, sobre aspiraciones o proyectos de otro modo concebidos y trazados.

Si tal experiencia fué escuela, quedó probada su eficacia al enmendar con éxito, sin alardear de indemnidad, las tantas otras circunstancias en que le fué necesario asumir disyuntiva semejante.

Termina exitosamente sus estudios de pregrado en 1952, luego de aprobar con altas calificaciones su Tesis de Licenciatura sobre: "Acción de la Cortisona en las esofagitis y gastritis cáusticas de la rata", tema que anticipa, probablemente, su inclinación, aún inadvertida, al amplio campo de la endocrinología que se transforma en el correr de pocos años en su área predilecta de conocimientos y desarrollo profesional.

Manifestando su acabada comprensión del sentido y la fundamentación científica de la medicina, ya antes de egresar del ciclo del pregrado, estaba comprometido en la docencia como ayudante en las cátedras de anatomía, que dictaba el Profesor Gustavo Jirón y en la de Fisiopatología, bajo la tutela académica del Profesor José Donoso. Había verificado, tal vez, la importancia de aprender y enseñar la congruente diversidad de morfología y función, donde se fundan los elementos esenciales que dan cuenta de la estructura y su hacer, y a partir de cuyo conocimiento la medicina erige los

medios de diagnóstico y de tratamiento que deciden la práctica y modulan su arte.

Fue también esta vecindad, en el antiguo Hospital San Vicente, entre el servicio clínico que dirigía José Donoso y la cátedra de Introducción a la Medicina que presidía el Profesor Ramón Valdivieso, la que indujo a que, ya recibido, se incorporara a la cátedra C de Medicina cuando el Profesor Valdivieso la asumió en el Hospital San Borja. Inicia así una fructífera y prolongada asociación que afirma su vocación por la endocrinología, a la vez que permite edificar en base a su perspicacia, esfuerzo y don de organización, el grupo de la especialidad que conformó la disciplina en el Hospital de la Universidad de Chile. Comenzada esta ruta, pudo pronto despegar en este espacio científico al hacerse acreedor a una beca de la W.K. Kellogg Foundation y del American College of Physicians, para realizar estudios con Fuller Allbright y John B. Stanbury, en el Massachusetts General Hospital y la Universidad de Harvard, en Boston, Estados Unidos de Norte América, y llevar a cabo investigaciones en su campo y, especialmente, con esmero y propia creatividad, en las incógnitas del metabolismo del calcio y fósforo con lo que inicia una productiva expedición en el terreno de las que hoy se denominan enfermedades óseo metabólicas y constituyen, no solamente una entidad nosológica de gran interés para múltiples especialidades, sino que representan un problema epidemiológico de envergadura dentro de las enfermedades crónicas que, más tarde, llegó Jorge Litvak a abordar con un objetivo de ámbito, también, internacional.

A cargo del departamento y del laboratorio de Endocrinología del Hospital Clínico Universitario, a su regreso, en 1958, reúne en torno a estas disciplinas una pléyade de jóvenes

profesionales, en su mayoría médicos, que constituirán sus primeros discípulos, y con quienes asume una vanguardia del desarrollo de este sector de la medicina de alta especialización, en el país. René Armendariz, Hugo Pumarino, Jacobo Wortsman, Italo Zanzi, Curt Lemesch, Jorge Riesco, Patricio Michaud, entre otros, reciben su influencia profesional y académica, de tal modo que, alejados posteriormente algunos, permaneciendo a su vera, los más han editado una escuela perseverante y destacada en estas líneas del quehacer científico, a pesar de la temprana migración, en la perspectiva tutorial, del maestro. Sin embargo, no tan sólo formó médicos. Su cabal comprensión de que las acciones en salud comportan un cortejo de conocimientos y destrezas que abarcan aptitudes de equipo y mancomunados procedentes, le motivó a ejercer docencia en tecnología médica, donde desarrolló la asignatura de Radioisótopos en la especialidad de Radiología y Física Médica, y a dirigir numerosas Tesis de profesionales en opción a títulos de químico farmacéutico, dietista y técnico laborante, aparte de las de distintos especialistas médicos.

La progresiva y acelerada irrupción tecnológica en medicina, característica del promedio de siglo, había decretado la incorporación de procedimientos físicos y de ingeniería al estudio investigacional, primero, y muy luego al análisis diagnóstico de innumerables cuadros médicos. Jorge Litvak, siempre pionero, levantó el primer laboratorio de Medicina Nuclear, la que muy pronto dejó de permanecer en la esfera de la endocrinología para constituirse en patrimonio de todas las áreas de la medicina, sin excepción; y como era su norma, buscó rápidamente la forma de enriquecer su acervo científico en este campo y se becó en el Centro de Medicina Nuclear en Sao Paulo.

De la década del 60 y sus proximidades, caracterizada por esta temática del calcio, de la cual se había prendido, y de los métodos radioisotópicos que lo habían deslumbrado, tal vez, por su novedad y versatilidad, es su mayor productividad científica. En el período, aborda problemas que trascienden el campo de la endocrinología para ubicarse en la frontera o campo común con otras disciplinas de la medicina. Junto al grupo de sus sedicentes y reconocidos discípulos, con Vicente Contreras, más que colega y compañero de trabajo, desde sus comienzos en la Cátedra del Profesor Valdivieso, se introduce en las manifestaciones óseas reumatológicas de las endocrinopatías, especialmente relacionadas con paratiroides, los trastornos en el metabolismo del calcio, ya mencionados, y de la vitamina D, agregándose Carlos Meza y Camilo Larraín en la exploración de las incidencias de algunas enfermedades hematológicas. Con Fernando Lazcano, Federico Philippi y Antonio Vukusic, rebuscan en las consecuencias renales de similares trastornos. Con Ronald Youlton, Luis Costamailere, Oscar López y tantos más, en aspectos nutricionales, las enfermedades digestivas, el proceso de crecimiento, y las manifestaciones cardiovasculares. La endocrinología no tiene límites y denuncia, en cada sistema donde se explora su participación, la omnipresencia de los factores de regulación hormonal y la interacción de todos los procesos biológicos en el organismo, que por más que pueda ser disgregado para su más completa comprensión, nunca deja de proclamar su unicismo e integracionalidad. La interacción funcional que trasunta esta red de indagaciones y el compromiso múltiple de casi todos los que laboraban en el servicio de Medicina del Dr. Valdivieso, aludían ya, elocuentemente, a la capacidad de organización que es un don pecu-

liar de Jorge Litvak, y preconizaban su extradición a otros ámbitos más proclives a su libertad intelectual y su universalidad de pensamiento. También, de algún modo, proclamaban su más tardía y prolongada emigración, los numerosos viajes a perfeccionar sus conocimientos o a prodigarlos en otras latitudes, que jalonan esta etapa bullente de su vida académica.

En este lapso, trasciende el prestigio personal, de realizador y de hombre de virtudes y de empuje, de Jorge Litvak. La Facultad de Medicina se ha remecido con la Reforma Universitaria que precedió, e hizo duplas, con los cruciales eventos sucedidos por la introducción de la Unidad Popular en el Gobierno de Chile. Una de sus consecuencias ha sido, en ese momento, la desintegración de la Facultad en cuatro organismos que resultan pivotantes para sendas unidades de la propia Universidad y pretende conciliar la solvencia de la autoridad con la capacidad académica de los diferentes núcleos docentes. En cada una de estas Facultades, un académico de abierto empuje e indisputada excelencia asume la responsabilidad máxima. En Oriente, estará Alejandro Goic; en Occidente, Gabriel Lobo Parga; en Sur, Luis Hervé. En la Facultad Norte se destaca la opción de Jorge Litvak para desempeñar la mayor autoridad unipersonal del organismo y, así, resulta electo Decano, por contundente mayoría, en la confianza de su trayectoria universitaria y el general aprecio que su postulación encuentra en los Departamentos, recientemente instalados en la estructura institucional. Pese a los inestables momentos coetáneos, a la inconformidad generalizada en el ambiente, y a los soterrados conflictos que la situación política imperante determinaba a todo nivel, la comunidad de la Facultad tenía puestas sus esperanzas en una gestión académica de renovado brillo y consistentes resultados. Sin

duda, Jorge Litvak no estaba hecho para la renzilla espúrea, los mezquinos intereses y las intrigas ideológicas, que jamás debieran irrumpir en la sacralidad de los claustros académicos. Antes de completar el segundo año de su ejercicio, y en lealtad a su mandato interior de respetar los valores trascendentes, por encima de las convenciones del poder, lo declinó irreversiblemente.

Uno de los decáanos más jóvenes que han accedido a tal función en la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, pudo con su espíritu visionario haber transformado la institución en una de las de mayor vanguardia en el continente, si su mandato hubiera ocurrido en un diferente contexto nacional e institucional. Este, avasalló a la Universidad y, en su embestida, la Facultad perdió un gran realizador. Me cupo estar próximo a su gestión cuando intentó llevar la actividad académica y el aprendizaje clínico al nivel ambulatorio, inmerso en la comunidad. No era un prototipo de atención, ya que había precedentes, en áreas incluso más tradicionales que las comunas seleccionadas. Empero, los rasgos ideológicos con que se revestían, en la época, todas las acciones, por neutras que fueran, condenó a una crítica enconada y a dificultades insuperables a tan razonada iniciativa.

Pocos meses después de poner término a su gestión en el Decanato, en 1974, Jorge Litvak se vincula funcionariamente, tras un llamado de Abraham Horwitz, con la Organización Panamericana de la Salud, en calidad de Asesor Regional en Enfermedades Crónicas, con sede en Washington. Esta inserción marca el inicio de una etapa de dedicación completa al servicio de la salud, en la perspectiva de la acción internacional, asumiendo la jefatura de la División de Prevención y Control de Enfermedades, entre

1981 y 1983, y la del Programa de Salud del Adulto, entre 1983 y 1987, dependientes ambas de la entidad panamericana. A continuación, accede a la jefatura del Programa de Investigaciones sobre el Envejecimiento y al Programa de Salud de los Ancianos, de la Organización Mundial de la Salud, Institución en la que sirve entre 1988 y 1990, para culminar como Consultor Experto de la Oficina de Asuntos Internacionales en el Instituto Nacional del Cáncer de los Institutos Nacionales de Salud de los Estados Unidos de Norte América.

No puede ser más interesante e ilustrativa, esta evolución en el quehacer profesional y en la dedicación al desarrollo y progreso de la medicina en el mundo: Amplia formación de pretítulo, con una perspectiva integradora en las bases mismas en que se asienta el conocimiento, tanto para la práctica clínica como para la investigación avanzada; luego, alta especialización, para alcanzar aquel nivel de información y de experiencia que sólo se consigue cuando se trabaja y explora un campo con la dedicación y el apasionamiento que impone toda opción de exclusividad; ya aquí, sin embargo, orientando su mirada a lo más genérico o interdisciplinario, conciliando lo específico y lo general, en clara demostración de que su concepción del hombre y del mundo, en cuyo espacio tendrá que llegar a vivir, es abierta y globalizadora. No extraña entonces que abrace, en su acción internacional, temáticas tan vastas como las enfermedades crónicas, la ancianidad, la prevención y el control de las patologías prevalentes, en una congruencia de medicina curativa y salud pública, que destaca su madurez científica y su proyección operacional.

Estos atributos, de los cuales Jorge Litvak no ha hecho gala pero tampoco ha podi-

do ocultar, trascienden en los consecutivos hitos de su vida académica y representativa. Había comenzado, en la Universidad de Chile, como ayudante ad honorem en los albores de su vida universitaria, para ser nominado ya en 1960 como Profesor Encargado de Curso y en 1964 Profesor Auxiliar y Jefe de Clínica. En 1968 se recibe como Profesor Extraordinario y alcanza la categoría de Profesor Titular, en 1973. En virtud de sus vinculaciones internacionales, se había desempeñado como Clinical Professor de Medicina de la George Washington University, School of Medicine, entre 1969 y 1970. Posteriormente, en 1980 es nombrado Clinical Associate Professor en el Departamento de Epidemiología de la University of Miami School of Medicine, y desde 1989 hasta el presente, detenta la calidad de Adjunct Professor of Medicine en la George Washington University School of Medicine and Health Sciences.

Durante toda su vida, Jorge Litvak, pese incluso al desarraigo territorial que ha significado su ya larga permanencia en los Estados Unidos, no ha perdido ligazón afectiva ni espiritual con su país ni con la Universidad de Chile. En su perseverante y alejado deambular, asumido cada vez en el cálido y consistente acogimiento de Paule y de sus hijos siempre ha habido un espacio para el iterativo retorno; y ha persistido en el contacto permanente con la realidad nacional y con su gente. Quizá nadie como él, fuera de Chile, y seguramente más que muchos dentro del país, ha mantenido tal actualizada información de cuanto nos sucede, como institución y como nación, al punto de representar, antes de serlo oficialmente, la mejor embajada para los intereses universitarios en su lugar de actuación.

Su siempre servicial actitud, cualquiera fuera el nivel de acción o autoridad que pudiera

poner en juego, se ha perpetuado, sino exacerbado, en el extranjero, y no escatimándose en lo individual, se hace concreta y colectiva, además en sus actuales desempeños, como Agregado Científico de la Embajada de Chile en Washington y como Presidente de la International University Exchange, Inc. organismo que la Universidad de Chile ha configurado en Estado Unidos para incrementar la cooperación académica con esa nación. Es escaso el tiempo que Jorge Litvak lleva en estos últimos cometidos, pero su acción ya es indeleble para la comunidad académica y estudiosa de la Universidad de Chile.

Quien mira y percibe a Jorge Litvak, en su figura distante a todo rigor solemne e irradiando impulsividad; trasluciendo en su mirada inquisitiva e inquieta y en el rápido ademán con que enfatiza su lenguaje, la fuerza y efectividad de su clara inteligencia, y lo llega a conocer en su rectitud inclaudicante y en su, para siempre, dispuesta actitud de incondicional servicio, comprende fácilmente el porqué de este homenaje. Sus atributos y características relevantes, se han volcado en acciones y en obras; la Universidad de Chile ha sido destinataria de la mayor parte de ellas. Lejos de destacarlo para una pasiva admiración de las nuevas y de las futuras generaciones, lo acoge como Profesor Emérito, expresando en ello un reconocimiento cabal a sus virtudes académicas y humanas, a sus aportes institucionales, y a su completa inserción en el espíritu que anima a nuestra comunidad universitaria.

Santiago, 31 de agosto de 1994